

Históricas Digital

“El imperio español”

p. 95-97

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL IMPERIO ESPAÑOL

Don Carlos ha estudiado en bibliotecas y archivos las vicisitudes del Imperio Español, no con el afán del romántico que fija los ojos en el pasado en una actitud puramente contemplativa, sino con la preocupación del que busca en los sucesos de ayer, la explicación de los hechos históricos de su tiempo. Va ante todo, si se quiere, con una obsesión, pero no es su prejuicio el del doctrinario que busca fundamentaciones a un credo inmutable, sino con la inquietud de un americano que quiere comprender a través del fenómeno del Imperio español, la causa de la debilidad política de los países que antes fueron colonias de España.

En el libro que resume todo su pensamiento respecto de este asunto, define con absoluta claridad su punto de vista:

“El Estado Imperial dentro de cuyo molde se realizó el desenvolvimiento de la agrupación hispanoamericana, carecía de la capacidad necesaria para contener la desbordante actividad característica de la raza. Era un Estado hecho para satisfacer tendencias aberrantes, como fueron las de dos dinastías que a pesar de haber nacionalizado sus métodos, conservaron como primordiales ciertos fines de extranjeriza rai-gambre.

Este libro es una exposición del conflicto histórico entre la genialidad potente del pueblo, cuya representación sitética aparece en la figura de Hernán Cortés, y la incomprensión



RESCATANDO EL SANTO SEPULCRO

*radical de Hapsburgos y Borbones ante el hecho de la creación de una España sin fronteras”.*⁶⁹

Si en Fernando de Aragón ve a un rey que saca a España de sus órbitas nacionales, en Carlos V mira a un monarca que termina por llevar a este país al plano inclinado de la decadencia:

*“Un heredero borgoñón, mantenido fuera de la tradición española, hubiera sido un mal transitorio, un parasitismo de efectos históricos limitados; pero al españolizarse Carlos V, injertó su política en el tronco aragonés, y no en el tronco castellano. Su acción fué fernandina, no isabelina. Repudió la política de Jiménez de Cisneros, y no sólo la repudió por un acto de voluntad, sino que con creaciones perdurables desvió de sus cauces toda la vitalidad española. . .”*⁷⁰

En su afán de revisionismo histórico, utilizando una poderosa documentación y potente fuerza crítica, combate hasta gigantes de la historiografía del tamaño de Leopold Von Ranke:

*“Se engaña Ranke al decir con Soriano que, una vez dueños del Milanesado, los españoles comprendieron la importancia que tenía, ya para consolidar relaciones con Suiza y con Alemania, ya para establecer un vínculo entre los Países Bajos y el resto de la Monarquía.” El Milanesado no era importante “para los españoles”, sino para “el Soberano de los Españoles. De todos modos, los súbditos españoles del Emperador prestaron su bravura, las masas de su infantería, magistralmente organizadas, y la constancia en el sostenimiento de una resolución a la que era extraño el pueblo”.*⁷¹

69 Carlos Pereyra, “El Imperio Español”, pág. 7.

70 “El Imperio Español”, pág. 44.

71 “El Imperio Español”, ob. cit., pág. 46.



E L I M P E R I O E S P A Ñ O L

España para dedicar todo su esfuerzo a la obra colonizadora, debió haber reducido su actividad a buscar una “*fórmula de paz con Francia*” y lograr “*la concentración de todos los esfuerzos, para asegurar la preponderancia marítima en el Mediterráneo y en el Océano Atlántico*”.

Muchos hispanistas se sienten orgullosos del reinado de Carlos V y de Felipe II. Para ellos si hay un momento glorioso, es precisamente esa época, de la cual sienten una sincera nostalgia, pero sin atreverse a someterla al frío examen de la crítica.

Negar el gigantesco poderío acumulado por España bajo el imperio de esos dos monarcas, sería incurrir en una demencia crítica, pero creer que no existe el germen de una futura decadencia dentro de esa misma época oropelesca y trágica, es caer en error colosal. Hay quien cree que España y su Imperio se hubieran salvado de la catástrofe en que cayeron, de haber seguido la política de Carlos V y Felipe II. Pereyra reacciona contra esta actitud, porque su alma de americano le permite apreciar con mayor claridad el problema. Su reina es Isabel de Castilla, que secundada por el cardenal Cisneros, “*fija sus ojos en Africa y América donde estaba el porvenir de España*”.

Para Fernando de Aragón, uno de los más notables políticos de todos los tiempos, hombre de suma capacidad, grande energía y voluntad férrea, no tiene sin embargo simpatías. Y es que mira que este monarca después de la muerte de la reina: “*en vez de proyectar hasta América el esfuerzo que había de producir creaciones colosales, se hundió en las intrigas europeas, aplicando a los estériles problemas de las luchas dinásticas una perspicacia, una voluntad y una imaginación, que superan a cuanto pudiera concebirse en el orden estéril de la creación política. . .*”⁷²

72 “El Imperio Español”, ob. cit., pág. 42.